

¿Es posible considerar la labor artística como una forma de producción de energía libre?

Nuestra producción y saber artístico subyacen en la trayectoria e inercia del propio sistema de desarrollo de occidente, en términos materiales e ideológicos. El saber artístico, así como cualquier otra disciplina de conocimiento, se despliega mediante una dependencia energética basada en la extracción de recursos naturales. No podemos negar que la producción artística interactúa dentro del sistema de combustión global. ¿Saben lo complicado que sería desplegar este ingenio sin el uso de petróleo ni de minerales? De hecho, sería interesante que los algoritmos empezaran a cuantificar la cantidad de energía que consumen determinados saberes humanos.

Podría afirmar que soy artista, al menos le presto mucha energía a esa tarea. A pesar que, desde hace un par de años mi labor artística no despierta demasiado interés público. Mi reciente trabajo artístico se sustenta en base a mi gestión económica derivada de un sueldo de profesor en la Facultad de Bellas Artes de Barcelona y de en un colegio de secundaria. Aunque mi trabajo no circula en el mercado del arte, se puede entender que mi producción consume energía de un tentáculo del sistema del arte. Incluso, retrocediendo tres años atrás, cuando trabajaba haciendo pasteles en un pequeño café de Berlín, nunca deje de producir. Además, durante ese periodo redacté mi tesis doctoral. En ese caso, podemos considerar que mi práctica artística poseía un elevado nivel de entropía, ya que parte de la energía que extraía del ocio se había diversificado como humo, como “trabajo artístico” en el contexto del arte. Desde esa perspectiva, empeñarme a ser artista fuera de las fronteras del mercado del arte, podría parecer que es mucho más insostenible que ser un artista con cierto reconocimiento.

A pesar de que la tendencia del universo es distribuir la energía uniformemente, el desarrollo de occidente se ha orientando en la domesticación, centralización y privatización de ésta, procurando disminuir constantemente el alto grado de entropía presente en la naturaleza. Y esto, se despliega en todas las lógicas de producción del capitalismo, del capitalismo cognitivo y del capitalismo computacional. De ahí, se destila la propia definición de energía como “capacidad de los cuerpos para producir un trabajo”, es decir, la energía enfocada como fuerza industrial o fuerza mercantil. A pesar de ello, también podemos considerar la energía como una forma de comunicación incondicional, como una forma de transmisión constante de información de un sistema a otro.

Por otro lugar, las experiencias estéticas e intelectuales que fabrica el arte, las codificado como impulsos bioquímicos (como combustible químico) que nos empujan a seguir conectados a las pantallas, a seguir leyendo textos, a seguir visitando museos, a seguir produciendo obras, a seguir coleccionando, a seguir trabajando o estudiando en la universidad, a seguir hablando de arte, e incluso, como decíamos; a seguir trabajando en una cafetería. Debemos considerar no tan sólo el consumo de energía del arte, sino qué tipo de energía produce. La cual, en mi opinión y como estoy apuntando, tiene que ver con la transmisión incondicional de deseo, de energía.

Pienso que es posible pensar y sentir un principio eléctrico más allá de nuestra organización social; el que atómicamente conecta a la bioelectricidad de los organismos con el

macro-tendido eléctrico cósmico. Concebir al ser humano como un nodo ensamblado en una gran masa o red de energía, disemina por completo la raíz del sujeto antropocéntrico, pero también, debería de eximir la responsabilidad ética y política de éste sobre la tierra. Sin embargo esto último no es responsable, puesto que el control que se practica sobre la gestión y distribución de la energía resulta una traba para su expresión cósmica como bien común. Nuestra obligación debería de ser la de reclamar su libre circulación, dispersión y plasticidad.

Así, yuxtaponiendo energía y arte, en tanto que fuerzas anárquicas de transmisión incondicional sujetas a protocolos productivos y a sistemas de mediación económica, trabajar en una cafetería para hacer arte sin devolverlo después al mercado, puede ser interpretado como un trasvase de energía, hacia y como, un bien común. Aquí y desde ahora, declaro que toda mi producción artística se ampare como material de dominio público. Impidiendo y negando su comercialización económica, reemplazando así, su valor de cambio adquirido por inercia sistémica, por un valor de uso libre.



Ricardo Trigo, 13.820.000.000